

parece un escritor desagradable. ¿Qué significa Papini en la literatura de hoy frente a la trágica seriedad de un Lawrence, la poesía de un Rilke, la fuerza creadora de un Conrad? Su literatura ocupa una zona ambigua entre el ensayo, la polémica y la novela. No sabemos con justeza qué cosa es Papini; que pretenda Papini.

Libros como éste, en que está tan visible la marca de fábrica, solo podrán impresionar a juventudes tan aficionadas a la fórmula fácil, el «pálpito» y la improvisación como suelen ser las de nuestros países latinos. Usando una fórmula que el mismo ha empleado, diremos que nos carga Papini.—*M. P.-S.*

LA POESÍA CHILENA MODERNA, ANTOLOGÍA, por *Rubén Azócar*.

Indudablemente el esfuerzo de Rubén Azócar es la tentativa más seria y conseguida de dar un panorama completo de la moderna poesía chilena. Hace tiempo, Armando Donoso había intentado algo similar en su libro *Nuestros Poetas*. Pero existía en esta obra una presencia excesiva de versificadores, esporádicos algunos, endémicos otros, que coadyuvaron mucho a su desmerecimiento. Además, Donoso demostró una inseguridad crítica, una falta de capacidad selectiva, acaso un poco extraña si la relacionamos con su cultura. Sin embargo, no puede negársele su excelente intención, su honradez, su aspiración comprensiva hacia los más jóvenes.

Hace poco, el año pasado únicamente, Samuel A. Lillo publicó

también una *Literatura Chilena con una Antología contemporánea*, verdaderamente desastrosa y que estaba destinada a la enseñanza secundaria del país. En ella había una ausencia de proporciones, de medida, de gusto de las más elementales cualidades para diferenciar y situar valores, en fin y mejor dicho, una ausencia de todo, que sería una labor de higiene suprimirla.

No se crea que pretendemos considerar fácil componer una antología. Al contrario, siempre la labor antológica nos ha parecido difícil, difícil como toda obra que se emprenda con seriedad, con la conciencia de lo honorable que existe en toda realización estética—nunca ha sido un deporte o un juego en lo que éstos tienen de hedonístico—sino una necesidad tiránica de expresión. Verdad es que la antología no es precisamente una estricta labor expresiva del compilador; pero por lo mismo exigimos para este suficiente objetividad y un criterio muy equilibrado y sobre todo, una sensibilidad siempre alerta, si es posible hiperestesiada para sentir agudamente hasta lo que sea sorpresa en su dominio subjetivo, ya que existen sensibilidades—muy auténticas—más unilaterales, que reaccionan siempre en un sentido acostumbrado.

Rubén Azócar posee las cualidades enunciadas más arriba, las que lo han hecho salir casi airoso de esta empresa antológica; casi, pues la obra (1) de Azócar adolece de ciertos defectos que, sin embargo,

(1) Ediciones «Pacífico del Sur». Santiago

no disminuyen su valor sino en forma diminuta. Además, la intención de Rubén Azócar, haciendo algo distante de lo acostumbrado en Chile, al darle su justa importancia y su estricta ubicación a los nuevos escritores, tan maltratados por los pompiers literarios y los misonéftas, es muy digna de elogio y ella sola bastaría para entregarle toda nuestra cordialidad. En este sentido nos orientaremos hacia una especie de ortodoxia de la que pretenderemos no apartarnos.

Desde las primeras palabras del prólogo Azócar afirma la independencia un tanto beligerante de su libro: «El afán de destruir los juicios rutinarios y falsos que giran en torno de la literatura de este país, me ha movido a reunir en una antología la producción poética que es, hasta ahora, el más interesante aspecto de la obra literaria chilena. No se puede desconocer que en su mayor parte lo ha conseguido y a menudo sus juicios son palmariamente ciertos y muy disimiles, desde luego, a los inveterados que estamos habituados a leer sobre una buena porción de escritores nacionales. Por ejemplo, hablando de V. D. Silva dice: «Novelista, autor teatral, periodista, escribe algunos volúmenes de poesía dispareja. Mediocre novelista de la vida popular, sus libros—relatos, cuentos, novelas—no traen a nuestra literatura mayores méritos. Artificioso, de verbosa poesía, de inquietas actitudes, cultivando todos los géneros literarios, en Silva se ha perdido un escritor de brillantes cualidades». Muy justo, muy preciso, como las palabras que de-

dica a Carlos Prendez Saldías: «Ha conservado el hueco tono romántico y la ornamentación del verso modernista, en un laborioso esfuerzo a través de libros iguales, isócronos.»

De Pablo de Rokha que junto con Huidobro, Neruda, la Mistral y Cruchaga forma el «grupo sin grupo» más interesante de escritores que ha producido Chile dice: «Pablo de Rokha, a quien nuestra crítica ha negado la atención que su amplia obra merece, es evidentemente uno de los más extraordinarios escritores chilenos. Verdad es que, su originalidad decae en algunos de sus libros, por falta de ponderación y que su lenguaje adquiere falsos tonos a fuer de vigoroso; pero los libros que ha publicado le sitúan muy allá, sobre firmes orientaciones. Obra extensa, desorbitada, maciza, informe».

Ya era tiempo que a de Rokha fuera situándose en el merecido lugar. Escritor de potencialidad orgánica, de arraigado sentido vernáculo—es uno de sus aspectos más atrayentes y del que aun no se ha dicho nada—sollozante, decaído y, sin embargo, con una diáfana conciencia de dominio varonil, es tal vez el escritor de Chile más aporreado, más incomprendido, más dura e injustamente atacado. Es cierto que su actitud, de violenta agresividad—semejante en algunos aspectos a la de León Bloy, el gran insultador cristiano—pronta la gruesa palabra oportuna, el insulto decisivo, invitan contra él a una actitud idéntica que no deja de tener interés.

Rubén Azócar continúa ubicándolo: «La generación a la que él pe

tenece, con infantil temor, sin afecto, reconoce en de Rokha un valor original, recio. La juventud de estos diez años (del año 20 al 30) le vitupera, con pasajera atención, su actitud y su obra de inflado vuelo. Aparece, pues, de Rokha como un hecho trascendente y único, de inadaptado, acorralado por el temor de unos, por la indiferencia de otros, por el ataque despiadado de la crítica. Queda viviendo como desterrado, solitario, individualista, ganándose una leyenda de hombre entre hombres, en lo que toca a su humanidad, y de caso extraordinario, en literatura.»

De Pedro Prado, tal vez el más unánimemente elogiado de los escritores chilenos, dice: «La crítica ha señalado en Pedro Prado al novelista, al poeta al ensayista: un escritor completo. Prado tiene una obra dispareja y no siempre original, particularmente en el aspecto del poeta. Novelas, prosas poemáticas: una obra dramática de extraña, pero no feliz factura: más un conjunto de versos, entre simples e ingenuos, forman la labor de uno de los más fecundos escritores de su generación».

Es verdad que no siempre Rubén Azócar acierta en sus apreciaciones; no acierta o no desea acertar... A veces es de una gran benevolencia para juzgar a algunos escritores, benevolencia que casi no quisiéramos comprender. Otras muy ligero en sus juicios. Citaremos sólo un caso, bien paradigmático y es el que se refiere a Hernán Díaz Arrieta.

Sin duda Alone es un escritor muy inteligente, a menudo entretenido,

fino y perpicaz en algunos de sus comentarios. Además, no podría negársele un gusto certero para apreciar ciertos libros, una frivolidad irónica que no deja de conquistar simpatías. Sin embargo... Rubén Azócar dice de él: «Hernán Díaz Arrieta (Alone), escritor de gran cultura, dirige en Chile el ejercicio de la crítica literaria, orientando con fina sensibilidad el trabajo de las últimas generaciones». ¿Orientando el trabajo de las últimas generaciones? ¿No habremos leído mal? Si en estas últimas generaciones, tuviera Alone algún ascendiente, habría contribuido, al contrario, a desorientarlas. Nadie como él, más cerrado, más incomprensivo con los más auténticos valores jóvenes. Los más valiosos entre éstos; Cruchaga —una vez lo trata como si fuera materia de herbario— Huidobro, Neruda, de Rokha, han recibido de él la palabra orientadora. Igual cosa con los más nuevos, propietarios de una personalidad tan diferenciada como Rosamel del Valle, y Humberto Díaz Casanueva, lo más puro de las últimas generaciones. Verdad que a los primeros, en el fondo, les reconoce su originalidad, su importancia dentro de los escritores de Chile: pero esto ¿significa orientar? Podría decírsenos que los autores mencionados con prioridad, no pertenecen precisamente a las últimas generaciones. En un sentido cronológico, indudablemente, no. Pero por el aporte de novedad, de sacudida, de alarma en nuestro ambiente literario, lo son.

Otro defecto, muy visible, en antología de Azócar es el apresura-

miento. Su confección no ha sido bien madurada. De otra manera no es posible comprender tantas inexactitudes, en lo que se refiere a los detalles. A muchos de los escritores jóvenes les aumenta considerablemente la edad, suprime nombres de libros o los transcribe mal. Ahora, algunas selecciones son muy incompletas, cuando no desafortunadas. Y por no caer en un lugar común—inevitable tratándose de una antología—no diremos que hay muchos nombres de más, sobre todo en el «Segundo Círculo: 1905 a 1920»—como clasifica Azócar—y algunos en los nuevos.

Sin embargo y, a pesar de todos estos reparos, La Antología de Rubén Azócar es merecedora de una amplia difusión, pues en su género es lo más completo que se haya hecho hasta ahora en Chile.—*Arturo Troncoso.*

BIOGRAFIA

NIETZSCHE, por *Daniel Halévy.*

He aquí un libro (1) que yo recomendaría a todo joven aficionado a las letras y a los estudios filosóficos. La lección que de sus páginas se desprende es más una lección de ética que de filosofía; más de vida que de doctrina. Nietzsche padeció mucho por sus propios sufrimientos físicos y por la persecución encarnizada de los filisteos que se encarnizaron en su obra y en su pensamiento. La vida del filósofo solitario viene a ser así el paradigma de

la existencia consagrada al cultivo de la inteligencia y a la elucidación de los grandes problemas morales. Halévy ha visto claramente el contenido de la vida de Nietzsche, y su libro es un resumen concienzudo y exacto de los principales hechos que acaecen al filósofo alemán en el breve lapso de su vida consciente y una alusión muy rápida a los años de su locura y postración finales.

La trayectoria de Nietzsche se anuncia clara en una de las primeras anécdotas de su juventud. Nietzsche, adolescente, ha conseguido una beca para estudiar en Pforta sus humanidades. Un día se trata allí de Mucio Scévola, y los compañeros de Nietzsche creen inverosímil el sacrificio de aquél:

«Ningún hombre tendría el valor de poner su mano al fuego», opinan aquellos críticos juveniles. Nietzsche no se digna contestar, pero coge de la estufa un carbón ardiente y lo coloca en la palma de su mano. Toda su vida hubo de conservar la cicatriz de esta quemadura... (Pág. 30-31).

El hombre que en plena adolescencia es capaz de dominar en esta forma su voluntad y que tan agudamente siente la necesidad de heroísmo, debía llegar muy lejos en el apartamiento del hombre y en la disección de los valores morales. Los hechos posteriores de la vida de Nietzsche no hacen sino corroborar la enseñanza de esa anécdota de muchachos.

Nietzsche, acorralado por sus colegas los profesores, que lo encuen-

(1) Madrid, 1931.